



HAY una maravillosa ficción que reproduce unas veces parte de la vida, otras toma de ella solamente una línea, la eleva o la caricaturiza, pero en todo caso crea un mundo aparte que puede recordar

el mundo nuestro o volar sobre él; un mundo de proporciones distintas y relaciones sorprendentes, que aparece y se pierde de pronto, cuya ley de gravedad es la ley—si tal cosa existe—de arte. Esta ficción es como una necesidad antigua en la historia humana y se llama teatro.

Sin embargo, esta palabra —teatro— no evoca ya para nosotros el mundo de que hablo. La ilusión había muerto víctima de imperfecciones y el misterio había huído por los poros abiertos de este mundo entregado a la vulgaridad.

En España ha sido necesario comenzar todo de nuevo y en realidad, nuestro carácter prefiere esto a aprovechar las cosas. Para el que quiera se presenta en el futuro un quehacer, su parte de la tarea magna, en el teatro como en todo, nada de lo viejo quedará en pie, lo antiguo sí; nuestros clásicos con nosotros, puesto que clásico es el momento que vivimos.

En espera de días ya próximos en que recobre el teatro, dotado de sentido y medios nacionales, la categoría que para él deseamos, quiero hablar de ese primer nobilísimo esfuerzo realizado por La Tarumba, teatro de la Delegación de Prensa y Propaganda de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., de Sevilla, que ha recorrido ya con calor de triunfo los escenarios de más de media España.

La Tarumba, nace con la guerra. En ese grupo de jóvenes que en el verano del 36 se reunieron en Huelva para ensayar entremeses de Lope y de Cervantes, hay elementos tan valiosos que un observador sagaz hubiese advertido que ese grupo tenía en sí posibilidades superiores a la obra que por el momento acometía, así como aquel otro de comediantes que allá por 1643 firmaba en París un acta de asociación, por tener en él a un tal Poquelin, que más tarde firmó sus comedias con el seudónimo de Molière, valía ya por la Come-

dia Francesa que había de llegar a ser andando el tiempo.

En un principio, La Tarumba, trabaja y se temple en escenarios de pueblos andaluces y en plazas públicas. Artísticamente sigue en muchas cosas la línea de La Barraca, a la que se podría impugnar (sigo hablando en el sentido artístico), no por lo que hizo, sino por lo que —contando con las subvenciones y facilidades que contaba— dejó de hacer. En este período montan en escena obras cortas de Cervantes y de Lope: La Guarda Cuidadosa, el Retablo de las Maravillas, Los Habladores, El Degollado Fingido y varias más. En un primer Pliego de Romances, apunta ya una de las facetas más interesantes de esta agrupación: en él se recogen romances, canciones y bailes populares.

A las dificultades de toda índole que acechan siempre a empresas como ésta se unen otras inevitables en los momentos actuales. Por algún tiempo, pareció que La Tarumba había sucumbido a ellas. Ocho meses sin representar y muchos de sus elementos dispersados podían hacer creer que había muerto.

Pero la Falange, en cuyo nombre se había creado, no permitió que sucediera así. Volvieron a La Tarumba los elementos dispersos y algunos nuevos y con ellos una nueva vida, tan intensa ésta, que en menos de un mes se estrenaron con enorme éxito, en Sevilla, tres nuevas obras.

Aparte de su labor artística y educadora del pueblo, hay dos cosas que conviene señalar en La Tarumba: una, la de llegar esta Compañía, no obstante el rigor artístico a que nunca renuncia, a los frentes y dar en las poblaciones de retaguardia funciones gratuitas para los heridos de la guerra; otra, es la de que los muchachos que componen La Tarumba, se bastan a sí mismos, y así, aquellos que después en la escena vemos representar como consumados actores, son los que horas antes han descargado el camión y montado la escena, y esas muchachas, bellas y frágiles, a las que se creía divas caprichosas son las mismas que hacen los baules y planchan los vestidos.

La importancia artística y educadora del teatro es enorme, la labor por realizar casi puede decirse que es total. Yo quisiera llamar a concilio a todos los que sientan el teatro, a todos los que crean que pueden traer una ayuda, una aportación nueva o interesante a este nuestro teatro hasta ahora tan solo, o mejor, tan mal acompañado.

Luis ESCOBAR.



«El Belén»
de
«La Tarumba»



España, Europa, la Ignorancia, el Tiempo y la Guerra
en «Las Bodas de España», de «La Tarumba».



Las lavanderas en «El Belén», de «La Tarumba»



La Sabiduría, la Paz, la Hartura, la Alegría, en el auto sacramental
anónimo del XVI «Las Bodas de España»

